

El atelier de Riobamba

Juan José Canavessi

En unas pocas horas ocurrió lo que tanto temía. La muerte de Rodrigo lo había dejado desamparado ante los herederos. Se resistió cuanto pudo, pero inútilmente. La orden de desalojo llegó antes de lo previsto, y caducó el mecenazgo de que había gozado. Luis llevaba veinte años en ese semipiso de la calle Riobamba, poblando espacios con su creación. Esculturas de muy diverso estilo, salidas de su inspiración, tantas veces árida, eran sus huéspedes y su familia.

En todo ese tiempo no había podido vender ninguna. No por falta de calidad, o de belleza, sino porque jamás pudo someterlas a miradas comerciales. No soportaba que la gente le preguntara cuánto costaban sus creaciones.

Por amistad, Rodrigo le había ayudado a capear esos temporales económicos, y le prestó no sólo el departamento, sino ingentes sumas para su trabajo y manutención. Nunca le había reclamado nada. "Vos trabajá, algún día arreglaremos". Ahora la muerte ponía en evidencia la vulnerabilidad de su arte y de su vida.

Dos policías acompañaban al funcionario del juzgado, y cuatro morrudos changadores iban retirando todas las esculturas, que bajaban por un ascensor por el que nunca habían subido.

La fina llovizna recibió a sus personajes en la vereda, ante la mirada sorprendida de los transeúntes, quienes creían asistir a la filmación de un comercial.

Sin mayor cuidado, pero con bastante orden, los cargadores colocaron en doble fila casi cien obras de diverso tamaño y factura. Algunas fueron descolgadas con un precario sistema de cuerdas y poleas. Muchas recibieron heridas durante la operación, y sus trozos esparcidos en la vereda, le parecían a Luis una auténtica mutilación.

En dos horas ese semipiso quedó vacío de su magia, tan vacío como cuando él llegó dos décadas atrás. Los pocos muebles que tenía fueron colocados en una sola habitación, quedando como parte de pago por los gastos ocasionados.

Acercándose con bastante respeto, el oficial de justicia le indicó:

—Firme aquí.

El firmó. Su sexagenaria derecha hilvanó una temblorosa queja.

—No lo tome a mal, pero soy admirador del arte y me gustaría llevarme alguna escultura. ¿Tendría inconveniente...?

—La que usted quiera —respondió Luis, entre halagado y destruido; ni siquiera miró cuál escogía.

Allí comenzó una etapa singularmente ambigua para Luis. Se instaló con su banqueta debajo del toldo de la verdulería, y allí permaneció por gentileza del dueño. Se quedó como una escultura más, sometido al paso de la gente y las horas.

El mundo había cambiado. Lenguaje, ropa, peinados, autos, músicas, todo le resultaba nuevo. Su taller había sido inmune al cambio, y sus criaturas, nacidas en ese micromundo, despertaban curiosidad.

Los demás debieron organizarle la vida. Su rutina cotidiana comenzaba al alba, antes de que llegaran la verdura y la fruta del Mercado Central. Con Antonio, el verdulero, sacaban todas las esculturas y las ponían a lo largo de la vereda, en filas paralelas.

Luis, a su vez, colaboraba diariamente en descargar el camión. Antonio quiso eximirlo de la labor, pero no tuvo éxito. Mientras mateaban, Luis se encargaba de levantar el camastro de cajones y de plegar el colchón donde cada noche iba a dar con su huesos, luego de ingresar al local su multitudinaria parentela.

Frío, calor y lluvia encontraban al artista en la vereda. Tímido al comienzo, logró establecer asiduos contactos con quienes se detenían. Paulatinamente se fue convirtiendo en un pintoresco personaje para la zona. Los domingos se fueron agregando unos cuantos artesanos y la calle se volvía una feria peatonal. Antonio aprovechó para abrir su negocio y hacerse unos pesos vendiendo jugo natural y tartas de verdura. La gente se acercaba a las esculturas y preguntaba con cautela: "¿Se venden?". Luis negaba

con la cabeza: "No se venden, están desalojadas".

Una niña de once o doce años, de pelo cortado a lo varón y con aritos azules, pasaba todos los días a visitar una de las obras. Desde que la vio por primera vez, aquel domingo de agosto, Luis nunca dejó de prestarle atención. Llegaba y, saludando cortésmente, se arrimaba a una escultura rodeada de un cilindro de alambres de púa, que dejaba ver una especie de tronco añoso de arcilla cocida. Dos ramas trucas salían a cada lado, sin lograr traspasar del todo el alambre.

—Es un símbolo de mi pueblo —le dijo Luis un día, aludiendo a su origen judío.

La niña negó con frescura, y retrucó convencida:

—Es Jesús con la corona de espinas.

La obra tenía unos ochenta centímetros. El hombre la tomó con nueva veneración, y poniéndola en las manos de la niña, se la dio, diciéndole:

—Es tuya, será lo que vos quieras.

Cuando dejó partir la primera escultura, se abrió la puerta para interminables reclamos. Se fue corriendo la voz, y muchos saltaron a pedirle alguna obra.

—Por favor, don Luis. Yo la voy a cuidar. Va a sentirse como en casa.

—Llévela mañana —contestaba, reservándose un

día para la despedida. Nunca dejó irse más de una cada tres días. Quería que cada criatura tuviera su lugar y tiempo para desvincularse y cortar el secreto cordón. Las llenaba de recomendaciones para el nuevo hogar, les impartía sus últimos consejos y las mimaba hasta el instante del último adiós.

Pasaba el tiempo, y ya había concedido algún reportaje; su imagen se reproducía en cientos de fotos y hubo quien quiso autorización para escribir su biografía.

La última escultura que conservó era su favorita, una mariposa hecha con cintas de cobre sobre una liviana estructura de piedra, que representaba el gusano. "¿Será que nadie te ha querido?", le decía.

Pasado el tiempo se cercioró de que nadie iría jamás a pedírsela, justamente por ser la última. Durante semanas se detenían a mirarla y ponderarla, sin atreverse a solicitar el presente. Luis comprendió que debía partir él, so pena de atar la mariposa para siempre a su destino.

Una mañana, bajo el toldo de la verdulería, junto a la banqueta vacía, la escultura de cobre aguardó su nuevo dueño.

Antes de que le diera el sol de las diez, había volado de su sitio en la calle Riobamba.

